

ECONOMÍA PARA EL SIGLO XXI

ECONOMICS FOR THE 21ST CENTURY

Ángel Martínez Glz-Tablas
Universidad Complutense de Madrid
angelmtablas@gmail.com

RESUMEN

La trayectoria intelectual y como economista de Sampedro permite preguntar cuáles serían para él los rasgos de una Economía en el siglo XXI. A partir de esta idea se revisa el papel de la Economía como ciencia social, al tiempo que se identifican los grandes problemas de este tiempo así como las escuelas de pensamiento que pueden ayudar a tratarlos. Con estos mimbres se establecen los ejes de un programa de investigación que debería inspirar el quehacer de una Economía que fuera capaz de reorientar su foco hacia contenidos sustantivos, articulados con el entorno natural, con el tejido social y productivo, menos obnubilada por la mera factura formal de las investigaciones.

Palabras clave: Sampedro; Función de la Economía; Problemas económicos del siglo XXI; Escuelas de pensamiento; Economía para el siglo XXI.

ABSTRACT

Sampedro's intellectual trajectory and work as an economist allows us to ask ourselves about what would be for him the traits of an Economics discipline for the 21st century. Starting from here, the role of Economics as a social science is reviewed, while identifying the main problems of our time as well as the schools of thought that can help us to address them. With these ingredients are established the main axes of a research program that could inspire the task of an Economics discipline capable of reorienting its focus towards substantial contents, being environmentally, socially and productively articulated, and less clouded by the mere formal registration of the investigations.

Keywords: Sampedro; Purpose of Economics; Economic Problems of 21St Century; Schools of Thought; Economics for the 21St Century.

JEL classification: A11, B50, F01, P16.



1. INTRODUCCIÓN

Jose Luis Sampedro no se dedicó profesionalmente a la Economía durante los cuarenta últimos años de su larga vida pero, como economista, fue académico y publicista durante más de treinta años y nunca dejó de interesarse por lo que había sido su ocupación inicial y seguía siendo su preocupación como intelectual y como ciudadano¹.

Si algo caracterizó al Sampedro economista fue su incomodidad con las ortodoxias que dominaban en las primeras décadas de la segunda mitad del siglo XX – unos enfoques que, paradójicamente, hoy son considerados radicales y están obligados a pugnar por hacerse un sitio en los espacios consentidos por el actual paradigma dominante. Sampedro nunca llegó a identificarse con la síntesis neoclásica del keynesianismo, ni con un marxismo, entonces irremediablemente connotado por las prácticas del socialismo real. Reivindicaba, como quehacer orientador de la Economía, la superación del hambre y la complejidad del subdesarrollo, más que la persecución despiadada del crecimiento económico, cambio de perspectiva que le obligó a buscar otros fundamentos para construir una Economía con sentido. Por decirlo en otros términos, la insuficiencia de la ortodoxia le abocó a su condición, nunca abandonada, de pescador en los caladeros de la heterodoxia. Privado de la seguridad que proporciona el moverse en los términos acotados por el pensamiento dominante, tuvo que dotarse de la actitud, la entereza y la lucidez de los que asumen ir contracorriente: –mirar más allá de lo que parece evidente, extremar el rigor, no perder la convicción en lo que hace, perseverar haciendo a pesar de vivir extramuros– sabedor de que ¡tantas veces! es precisamente ahí dónde, entre vientos helados, nacen las rupturas fecundas y el pensamiento vivificador.

Desde época temprana, Sampedro se interesó por la configuración y el comportamiento de totalidades, en vez de por los elementos aislados, y, situado en ese territorio, por la articulación de aquellos aspectos subyacentes que no se perciben de forma inmediata y directa, pero cuya existencia condiciona a las manifestaciones más aparentes, a las que dedica su atención el pensamiento ortodoxo. Se situó, en suma, en lo que él mismo delimitó como el es-

¹ Ahí están como ejemplos su presidencia de la Sociedad de Economía Mundial, diversos ensayos de temática político-económica, la supervisión de la reedición de alguna de sus obras señeras o la tristeza con que veía que su querida Estructura Económica hubiera pasado a diluirse dentro de la subordinada Economía Aplicada, en la configuración de departamentos de la Facultad de Ciencias Económicas.

pacio de la Estructura Económica, en el que el bosque y el humus del que vive son más importantes que los árboles concretos que de él surgen y lo pueblan. Para avanzar en esta dirección exploró y captó componentes de dos campos, en gran medida descuidados por muchos de sus coetáneos. En primer lugar de aportaciones que habían quedado relegadas como marginales dentro de la comunidad científica de los economistas, como son las visiones de los fisiócratas -que nunca se desprendieron de la inserción de la actividad económica en la naturaleza-, de los institucionalistas -que otorgaron a las instituciones de las que toman nombre un papel que precede y conforma el funcionamiento del mercado y de los precios-, y de los autores de la escuela histórica -que se resistieron a sacrificar la especificidad de los contextos y las trayectorias en el altar de la abstracción; no consideró a ninguna de estas corrientes como flujo nutricional principal, pero se alimentó de todas ellas. En segundo lugar, siempre buscó confluencias con otras disciplinas que aportaban miradas enriquecedoras, sin permitir que la soberbia y el autismo intelectual encerraran a la Economía en predios cerrados, una actitud que le permitió tender puentes con la sociología, con la psicología, con la política y con las ciencias naturales.

En cambio, hay que reconocer que si bien trató con sumo interés el análisis de sistemas y se ocupó en su seno de los sistemas económicos, en su etapa de economista activo, le interesó más el mercado que el capitalismo². Tampoco prestó importancia a lo que significó la ruptura neoclásica, respecto a la escuela clásica de Smith, Ricardo, Malthus y Marx, ni a las aportaciones y controversias de sus sucesores -desde el trabajo seminal de Sraffa, a los debates de los dos Cambridge, británico y norteamericano, en torno al capital.

El Sampedro literato y ciudadano crítico nunca dejó de observar lo que acontecía en el campo de la economía, con la lucidez que proporciona la combinación de distancia y compromiso. Denunció sin ambages el absurdo en el que se adentraban tanto el pensamiento como las prácticas imperantes e incorporó a su mirada la crítica explícita del capitalismo -como sistema económico dominante en el mundo de finales del siglo XX y comienzos del XXI-la reivindicación del papel de la mujer en la reproducción de las sociedades y la importancia de unos sistemas biofísicos que suministran a los seres vivos las condiciones generales que permiten la vida; fue consciente de que, de forma alarmante, en las últimas décadas, los límites están siendo sobrepasados por el comportamiento de una humanidad ciega que, bajo la égida de un capitalismo financiarizado, global y depredador amenaza la existencia de la vida que, a lo largo de una trayectoria contradictoria y evolutiva, hemos sido capaces de construir y que deberíamos ser capaces de traspasar a las generaciones futuras, en vez de abocarla a una incertidumbre, en la que no pueden excluirse escenarios catastróficos. Es cierto que -por falta de tiempo o porque considero prioritario concentrarse en la denuncia del rumbo de colisión por el que

² De forma similar a un Amartya Sen que, cuando fue nombrado doctor honoris causa en la UCM, reconocía el mismo sesgo y lo justificaba con el argumento de que el primero le parecía definible de forma más precisa y operativa que el segundo

avanzamos obstinados— no llegó a ocuparse de la difícil problemática de las transiciones a que, bajo uno u otros términos, estamos abocados.

Esta rica trayectoria permite preguntarse qué aproximación a la Economía tendría hoy un Sampedro revivido ¿Cuáles serían los rasgos de una Economía para el siglo XXI, una Economía a la altura de los tiempos?, ¿En qué enfoque o en qué búsqueda se implicaría? Sin pretender certezas, tenemos elementos para reflexionar al respecto.

En lo que sigue se empieza por acotar la función de la Economía, se constata luego cuáles son en ese campo los grandes problemas de nuestro tiempo, para explorar a continuación el acervo de pensamiento de que disponemos para tratarlos y, con ese bagaje, abordar el amplio programa de investigación que debería inspirar el quehacer de una Economía centrada en su verdadera función. Un último apartado destila unas reflexiones conclusivas.

2. DELIMITACIÓN DEL CAMPO Y QUEHACER DE LA ECONOMÍA

Sabemos que Sampedro reivindicó como brújula orientadora del trabajo de los economistas la montaña del hambre y la conciencia del subdesarrollo, muy alejado de la riqueza que postuló Adam Smith y de lo que eran entonces los planteamientos al uso -que consideraban que la tarea de la Economía era optimizar recursos limitados eligiendo entre fines alternativos, sin entrar para ello ni en trayectoria histórica, ni en contexto social, ni mucho menos en la especificidad de un sistema económico. Por ello no es aventurado pensar que hubiera aceptado que la economía es la actividad que realizan los seres humanos para dotarse de los bienes y servicios que sostienen su existencia social, una actividad que es un proceso que se desarrolla a lo largo del tiempo, en las circunstancias de cada entorno y que implica generarlos, distribuirlos, ponerlos a disposición de quienes los necesitan para, finalmente, consumirlos, con la secuela de residuos que ese metabolismo físico conlleva.

Las sociedades humanas pueden llevar a cabo este proceso porque están asentadas en una naturaleza que les proporciona las condiciones que hacen posible la vida, de la que obtienen bienes y recursos que utilizan directamente o que transforman con su trabajo y con la utilización de la energía a la que tienen acceso, en bienes y servicios más elaborados o en medios para producir otros bienes.

La historia económica de la humanidad está atravesada por otras dimensiones que, en sentido estricto, no son economía pero que la influyen y la condicionan, hasta el punto de no sería posible entenderla sin ellas, son motivaciones, representaciones, valores, cultura, usos, relaciones sociales, formas de organización que han cambiado a lo largo del tiempo y que se han plasmado en etapas diferenciadas, en las cuales las personas se han transformado, como lo han hecho las sociedades y los entornos naturales que han habitado.

Podríamos considerar que es innecesario recordar están constataciones elementales y lo sería si realmente no fueran, como demasiado a menudo

sucede, a fuer de obvias, olvidadas. Aunque la actividad económica se haya sofisticado en muchos lugares del mundo, no podemos olvidar que su contenido último es el que acabamos de exponer. Ese es su núcleo, esos sus cimientos, aunque el edificio construido luego parezca tocar el cielo.

A partir de aquí, el papel de la Economía como ciencia social es entender el funcionamiento de la actividad económica, representarla de forma adecuada y proponer opciones para gestionarla de la mejor forma posible, interviniendo con los medios más apropiados sobre las distintas variables que condicionan su comportamiento, sin dejar de evaluar los costes de las distintas opciones.

A medida que las sociedades se hacen más complejas es difícil percibir de forma espontánea cómo funcionan los procesos económicos, cuáles son las variables que intervienen, cuáles son las relaciones que establecen entre sí, cómo representar el conjunto y sus partes constitutivas, cómo dotarse de instrumentos que permitan intervenciones eficaces o que incluso aspiren a alcanzar óptimos. En esa tarea, la Economía puede decir muchas cosas, pero no está en su mano definir otras. Puede identificar formulaciones inconsecuentes –por omisión de variables, por error en las interrelaciones entre ellas, por mala valoración de las restricciones, por uso de instrumentos inadecuados puede llegar a decir que determinadas construcciones son inviables o están mal fundamentadas - y puede identificar posibilidades e incluso hacer propuestas – enlaces consistentes entre objetivos, restricciones y medios, llegando a precisar costes. Pero a la Economía no le corresponde formular los objetivos – las prioridades entre ellos- ni decidir entre las opciones posibles –ni condicionar la elección presentando como necesario lo que sólo es contingente, ni dificultarla haciendo una exposición sesgada de lo posible. Los procesos económicos no son plastilina manejable a antojo –tienen posibilidades pero en ellos no todo es posible y a la Economía le corresponde entrar en esos distinguos y hacer planteamientos operativos– pero es la sociedad quien, en última instancia, tiene que elegir y ejecutar.

3. REALIDADES Y PROBLEMAS ECONÓMICOS DE NUESTRO TIEMPO

Habida cuenta de que la actividad económica, aunque siempre esté centrada en lo mismo –proporcionar los bienes y servicios que necesita la reproducción de la existencia social – se ha materializado a lo largo de la historia en plasmaciones profundamente dispares, parece razonable inferir que nuestro quehacer como economistas no sea un trabajo de laboratorio que sólo se ocupe de categorías genéricas desligadas del mundo real. La función que hemos enunciado necesita asumir la realidad evolutiva de la existencia social y centrarse en las realidades y problemas económicos de cada tiempo concreto. Aunque luego se desplace al plano abstracto cuando sea útil y construya tantos modelos como sea preciso.

Con este propósito, es útil identificar algunas de las principales realidades que en el mundo actual repercuten en la actividad económica o forman parte

indisoluble de ella, facetas que en ningún caso se pueden ignorar o relegar, si se quiere hacer con eficacia la función asumida.

Una primera constatación es que nos adentramos en una era en la que los seres humanos hemos ocupado el mundo habitable o dicho de otra forma: el mundo está lleno. No hay nuevos territorios por descubrir y los que conocemos tienden a estar densamente poblados, en relación a su capacidad de metabolizar de forma satisfactoria el asentamiento en ellos de la población. Esta ocupación del espacio no implica que vayan a desaparecer los grandes movimientos migratorios, siendo previsible que permanezcan algunos de tipo tradicional y aparezcan otros de procedencia, destino, causalidad y magnitud de nuevo cuño. En paralelo, la explosión demográfica global coexiste, en determinadas sociedades, con un progresivo envejecimiento que comporta, en ellas, aumento de la población dependiente.

No hay novedad en el hecho de que los seres humanos habitamos el planeta Tierra, un entorno biofísico con leyes y funcionamiento que permiten la aparición y el desarrollo de la vida. Si es novedad la constatación científica de que la combinación del mundo lleno a que acabamos de aludir y el modelo de producción y consumo en él imperante –a pesar de su desigual grado de implantación- está sobrepasando los límites dentro de los cuales los ecosistemas y la biosfera han propiciado y pueden seguir propiciando la vida –y la humana en particular, en las condiciones que conocemos-. La existencia social de la especie humana y su actividad económica se han convertido en un factor profundamente perturbador del buen funcionamiento de la biosfera y, desde la perspectiva inversa, la biosfera y los ecosistemas han irrumpido en el ámbito de la Economía como realidades que no pueden ni darse por supuestas, ni ignorarse, poniendo al descubierto algo largo tiempo despreciado: que la actividad económica depende e influye en el entorno físico en el que se desarrolla, que los sistemas económicos siempre han sido sistemas abiertos, dependientes del sistema biofísico y en interacción con él. De esta elemental constatación se deriva un rosario de reflexiones; la primera es que, bajo la euforia del período que se inicia con la revolución industrial, ha existido una depredación endémica de la naturaleza a la que es atribuible una parte de los logros hasta ahora atribuidos al capitalismo; la segunda es que el espectacular crecimiento económico de la modernidad sólo ha sido posible por la excepcionalidad que representan los combustibles fósiles, una etapa que toca a su fin y que va a alumbrar inexorablemente un tiempo nuevo; finalmente, que las previsiones de la comunidad científica –unidas a la insuficiente reacción de los poderes públicos- no sólo establecen amenazas evaluables e incertidumbre, sino tiempo limitado para evitarlas y umbrales a partir de los cuales podemos entrar en procesos irreversibles de consecuencias catastróficas.

En lo que se suele considerar el terreno estrictamente económico hay muchos elementos de continuidad -permanece el control privado de los procesos de producción, la asimetría de las posiciones de los compradores y vendedores de fuerza de trabajo, la apropiación privada del excedente, la tendencia a la acumulación y la aspiración inagotable al crecimiento económico como

condición necesaria de cualquier propósito- con una mezcla de más y de menos mercado, ya que la mercantilización es más intensa pero también mayor el grado de monopolio de las grandes empresas; curiosamente, esos mercados cada vez más omnipresentes aparecen despersonalizados, como si detrás de ellos no existieran actores e intereses concretos. En este contexto, el capitalismo hace gala de su versatilidad y de la diversidad de sus variantes —con la versión imperante en los países centrales en las décadas posteriores a la segunda guerra mundial en retroceso, cada vez más dominante y paradójicamente más incapaz de proporcionar un crecimiento alto y duradero la propuesta neoliberal y, a su lado, un híbrido con alto crecimiento bajo el que más de mil millones de personas viven en China- En conjunto, la notoria expansión del capitalismo -tanto externa, a través de la mundialización, como interna, por apertura a la valorización de los capitales privados del sector público tradicional, vía privatizaciones y subcontrataciones de distinto pelaje- aparece marcada por el predominio y la libertad irrestricta de unas finanzas que, con nuevos actores y productos, campan a sus anchas, aparentemente liberadas de funciones y también de ataduras, desencadenadas.

Si perseveramos en el empeño de no dejar fuera nada de lo que contribuye al suministro de los bienes y servicios sobre los que descansa la reproducción de la existencia social topamos de inmediato con el ámbito doméstico, en el que no sólo se consumen buena parte de las mercancías que el mercado canaliza sino que se proporcionan directamente una amplia gama de bienes y servicios necesarios para la vida de las personas y para la reproducción de la vida social. En su interior no hay empresas, ni circulación de mercancías, ni precios, ni oferta y demanda de trabajo, los actores son otros y otros los criterios que permiten acceder a los bienes y servicios, de los que una parte puede ser similar a los que ofrece el mercado, pero otra radicalmente diferente e incluso intratable por parte del mercado, porque no son susceptibles de ser expresados monetariamente y porque incorporan cualidades que el mercado ni siquiera percibe; una proporción muy significativa de las tareas de cuidados a las personas comportan un trabajo inaprensible por el sistema capitalista, pero a lo largo de la historia puesta a su servicio. En este territorio la mujer ha asumido tradicionalmente la mayor parte del trabajo, lo que hace que la dimensión de género sea imprescindible para desvelar un funcionamiento atravesado por la interacción entre relaciones capitalistas y patriarcales. Este reconocimiento tiene algo de visibilización de presencias y relaciones invisibles, no sólo por no ser computadas sino por ser ignoradas, consideradas inexistentes o como mucho irrelevantes o ajenas al cuerpo de la actividad económica.

En el campo de la tecnología los avances no se han detenido y cualquier estudio especializado podría enumerar una gran variedad de innovaciones e incluso de rupturas significativas, pero las acaecidas en el terreno de la información y la comunicación son las que han tenido mayor calado, porque han cambiado los comportamientos individuales, las formas de relacionarse socialmente, las prácticas de consumo, el funcionamiento de las organizaciones, la articulación de los espacios, el acceso al conocimiento, la capacidad de

tratamiento, archivo y transmisión de la información, creando la impresión de que vivimos y nos comportamos de otra manera, adentrándonos en una época en la que no sabemos dónde se detendrán estos cambios o qué influencias indirectas pueden llegar a generar. El alcance y los límites de la evolución tecnológica es una cuestión abierta que puede desbordarse hacia un optimismo infundado y peligroso —si lleva a creer que la humanidad será capaz de resolver a tiempo cualquier desafío—, pero cuyas posibilidades deben ser tenidas en cuenta.

En las sociedades centrales se observa una profunda transformación de la estructura social, consecuencia primero de la disminución relativa de la industria y de la reducción de la clase obrera, luego de la dilución de la clase media, en medio de una involución social marcada por el aumento del paro, por la precariedad de los trabajos, por el descenso de la capacidad adquisitiva de amplios sectores de la población, por la pérdida de derechos sociales que se creían adquiridos, por el aumento imparable de la desigualdad, por la extensión de la vulnerabilidad a sectores sociales que no estaban acostumbrados a afrontarla, por la aparición y ascenso de procesos de exclusión, con el resultado de que la dinámica de progreso social y de horizontes de continua mejora se ve brutalmente detenida, poniendo en cuestión los fundamentos de una cohesión social dolorosamente forjada a lo largo de los años.

En el mundo, la desaparición de los bloques que marcaron la guerra fría ha dejado la imagen de un capitalismo solo y triunfante, pero enfrentado a escenarios que son cualquier cosa menos el fin de la historia, marcados por la permanencia innecesaria de la pobreza, por el desarrollo desigual, por el ascenso de países emergentes, por la permanencia y la modificación del subdesarrollo, por el auge de fundamentalismos, por las frágiles complementariedades entre las viejas y las nuevas potencias, por la pugna por la hegemonía y por el desarrollo de nuevas variantes de imperialismo, preocupadas por los añejos fantasmas del control de los espacios, de los recursos, del suministro de alimentos.

En este panorama se combina el aumento de la presencia pública, su relativa ausencia de espacios en lo que ha pasado a moverse lo económico y la erosión de su autonomía, cada vez más capturada por la presencia de intereses privados, de forma que la incuestionable centralidad del poder real interfiere con la lectura aséptica de los procesos y con la existencia de una pretendidamente lógica económica objetiva. Algo que se hace todavía más incómodo si tenemos en cuenta que la ausencia de alternativa, que acompañó al derrumbe del socialismo real, no oculta la intuición de que más allá de lo inmediato el logro de un futuro viable exige buscar alternativas que no por no existir pueden ser menos necesarias, fórmulas que el poder establecido no verá desarrollarse con agrado y frente a las que, previsiblemente, pondrá todos los medios a su alcance para evitar que prosperen.

En resumen, la existencia social de la que la Economía tiene que ocuparse en nuestro tiempo contiene los problemas que hemos esbozado: demográficos, ecológicos, de funcionamiento y mutación del capitalismo, de reproducción invisible de la vida, de evolución y rupturas tecnológicas, de involución

social en los países desarrollados, de desarrollo desigual en el espacio mundial, de omnipresente interferencia del poder y de necesidad de explorar opciones alternativas que permitan afrontar en mejores condiciones los desafíos, los ya presentes y los que nos aguardan³.

4. NUTRIENTES Y ESCUELAS DE PENSAMIENTO PARA ABORDARLOS

Conocemos los nutrientes utilizados por Sampedro en su etapa de economista: los provenientes del análisis de sistemas con especial énfasis en la dimensión estructural de los procesos, los que proporciona la perspectiva histórica, los que aportan los estudios de las instituciones desde ángulos y momentos distintos y una selección de los que ofrece el cuerpo principal de la Economía, aderezado todo ello por una actitud dialogante y abierta a la aportación de otras ciencias sociales y de la ciencia en general. Si somos realistas, tenemos que reconocer que este enfoque -que ensancha el campo y permite detectar problemas que otros no eran capaces de detectar y captar relaciones subyacentes que escapan a la comprensión de los más- no nos proporciona un bagaje epistemológico y operativo suficiente para abordar la complejidad que hemos identificado. Tenemos que conservarlo, pero necesitamos salir a la búsqueda de visiones que nos doten de unos fundamentos más potentes.

Nos encontramos, en primer término, con el cuerpo construido por el pensamiento económico dominante durante las últimas décadas del que podríamos destacar tres aspectos. Primero, lo mucho que ha aprendido la Economía en la gestión de los grandes agregados, en el terreno de la macroeconomía, porque, aunque ese aprendizaje esté trufado de sonoros fracasos, es indudable que el conocimiento y la capacidad de intervención en este campo han avanzado de forma significativa. Segundo, la pobreza de las visiones integrales del conjunto de la actividad económica y, a su lado, la riqueza de las representaciones de aspectos puntuales, que se presentan desgajadas de una totalidad que se toma por dada, en la que no se entra o que sencillamente no se entiende. Tercero, la mejora en los instrumentos de recopilación y manipulación estadística, junto a la complejidad de los modelos formales de representación y tratamiento de aspectos parciales e incluso del tipo de formulaciones sistémicas que es capaz de plantearse un enfoque carente de visión global, que piensa que la lógica del mercado es autosuficiente y que todo lo demás son aditamentos menores.

En suma, el pensamiento dominante no es capaz de abarcar y menos aún de representar, entender o gestionar la complejidad de la actividad económica tal y como la hemos caracterizado. Tiene un gran potencial para abordar aspectos puntuales y una valiosísima gama de instrumentos utilizables para

³ Sampedro adoptó esta perspectiva al escribir en 1967 *Las Fuerzas económicas de nuestro tiempo* y, siguiendo su ejemplo, cuarenta años después, yo también intenté hacerlo, ahora bajo el nombre de *Las fuerzas estructurantes*.

diversos propósitos, pero es incapaz de asumir el campo que le corresponde y sin esa aceptación previa todas las construcciones subsiguientes son banales o insuficientes. De ahí que tengamos que buscar respuestas en otros caladeros.

En la trayectoria del pensamiento económico, desde los fisiócratas a los enfoques más actuales y, en especial, desde que la Economía se consolida como una ciencia social con una comunidad científica diferenciada, siempre ha existido una línea dominante –que ha estado marcada por una evolución que dista de ser lineal y meramente acumulativa– y, a su lado, una corona de heterodoxias de distinta entidad y perspectiva. Tanto en una como en otra se pueden encontrar aportaciones valiosas, pero aquí no intentamos esbozar un tratado de pensamiento económico sino detectar cuáles de esos enfoques nos pueden ayudar a entender y a tratar los grandes problemas económicos de nuestro tiempo - identificados en el apartado anterior.

Si miramos a la trayectoria de la ciencia económica, hay tres escuelas de pensamiento –la Economía ecológica, la Economía política y la Economía feminista- que proporcionan ricas construcciones para aproximarnos a las problemáticas que hemos delimitado, sobre todo, si las tomamos con las raíces de sus antecedentes y con la capilaridad de sus derivaciones⁴.

La Economía ecológica aporta sensibilidad hacia los problemas y la forma de funcionamiento del medioambiente, sin limitarse a observarlos desde el cuerpo teórico establecido en Economía, da un paso más, subraya que ese entorno en el que se realiza la actividad económica es y funciona como un sistema con componentes, relaciones y lógica propia; los ecosistemas, y la biosfera, contienen en su seno las actividades socioeconómicas de los seres humanos pero no pueden ser confundidos con éstas, ni quedar subordinados a ellas, porque estas últimas son en realidad subsistemas abiertos, que operan y se reproducen dentro de los de carácter más general que los contienen.

La Economía política entronca con una larga tradición de pensamiento que hasta la ruptura neoclásica fue el cuerpo dominante y que desde entonces se ha mantenido periférica pero viva; es una visión que incorpora al mercado pero sólo como uno de los componentes del sistema económico capitalista, en el que el trabajo asalariado, la propiedad privada de los medios de producción y la consiguiente apropiación del excedente social por parte de esos propietarios son partes esenciales para entender el proceso de acumulación, el crecimiento económico, la formación de los precios, la circulación de mercancías y la necesidad de una demanda monetaria relativamente desligada de las necesidades humanas; un enfoque que permite integrar el papel del dinero, el juego de las instituciones, la existencia del poder y la tendencia expansiva de la producción y el consumo.

La Economía feminista adopta la perspectiva de la mujer y al hacerlo hace aflorar campos esenciales apenas tratados, desvela una urdimbre de relacio-

⁴ Alvarez, S. y otros (2012) es un intento valioso en esta dirección, en el que se inspiran estas reflexiones y al que, en cierto modo, tratan de dar continuidad.

nes patriarcales hasta ella nula o escasamente percibidas por la Economía, poniendo el foco en los procesos de reproducción que tienen lugar en el espacio doméstico, resaltando su importancia para el funcionamiento de la economía, ayudando a entender la lógica que los mueve, su relación con el mercado y su funcionalidad oculta para la reproducción del capitalismo.

Estas tres escuelas de pensamiento económico nos aportan cuerpo epistemológico y análisis empíricos para enfrentarnos con buena parte de los problemas económicos de nuestro tiempo, pero dejan cuestiones de calado irresueltas. Postularlas como los ejes en torno a los cuales avanzar en la construcción que necesitamos no debe llevar a cerrarse a nutrientes de otra procedencia, a potenciar la combinación con las ciencias de la naturaleza, con la antropología, con la psicología, con la sociología, con la politología pero cuidando el riesgo de derivar hacia una interdisciplinariedad ecléctica, que devenga una combinación de superficialidades. Sabemos que la actitud de diálogo no dogmático entre distintos paradigmas es difícil, aunque tengan entre sí zonas secantes. Pero no por difícil es menos necesaria. En esta andadura, para no renunciar al rigor, para practicar una tolerancia que no caiga en la tentación sincrética nos puede ser de utilidad el ejemplo de Sampedro que nunca dejó de aprender, que siempre estuvo dispuesto a incorporar nuevos saberes y que por algo fue calificado de “maestro de pensamientos discrepantes”⁵. Una actitud que debe ser inspiradora.

5. NECESIDAD DE CONSTRUIR UNA ECONOMÍA PARA EL SIGLO XXI

Delimitado el campo y quehacer de la Economía, identificadas las realidades y problemas económicos de nuestro tiempo, seleccionadas las escuelas de pensamiento que nos pueden ayudar a abordarlos nos queda la tarea principal: construir una Economía capaz de incluirlos, una Economía que esté pensada para afrontar los retos del siglo XXI.

Lo acabamos de subrayar al cerrar el apartado anterior. Cada uno de los enfoques citados tiene la cobertura de campo que le es propia y tiene coherencia interna en su cuerpo interpretativo, en sus propósitos y en su fijación de prioridades. Pero ninguno de ellos llega a cubrir lo que proporcionan los otros. Y la coherencia inicial puede perderse si lo que se pretende es añadirlos, sumarlos, acumularlos, porque la amalgama y la yuxtaposición son a todas luces insuficientes e ignorarlo puede agostar la potencialidad que late en una genuina integración; una tarea por realizar, que no es fácil de llevar a término.

Este desafío es el desafío con el que se enfrenta la Economía, si quiere estar a la altura de los tiempos. Necesita tener visión amplia, detectar los problemas reales, salirse del carril sin renunciar a lo acumulado, aprender a moverse en la incertidumbre, combinar perspectivas, trabajar juntos, oír a la

⁵ En la celebración de sus noventa años no encontré mejor forma de referirme públicamente a su perfil y trayectoria vital.

práctica, experimentar, abrirse con modestia científica al aprendizaje y al ajuste continuo.

No será posible hacerlo si la comunidad de economistas no es capaz de movilizar las energías existentes en su seno en torno a un gran programa de investigación que se atreva a precisar y entrelazar las categorías que necesita, a delimitar el campo de juego en el que opera el capitalismo, a seleccionar las principales temáticas que tienen que ser investigadas para entender lo que son, lo que implican y las interrelaciones que tejen con otras, profundizando en su comprensión teórica, entrando a fondo en los análisis empíricos que permitan articular objetivos, restricciones, medios y costes, estableciendo prioridades sincrónicas y diacrónicas, que abran procesos, de los que es harto probable que no pueda expulsarse a la incertidumbre y a la exigencia continua de experimentación.

Pretender establecer aquí lo que debería ser el programa de investigación de una Economía Inclusiva —una propuesta de denominación que puede ser útil mientras no exista otra mejor— sería pretencioso y desmesurado. No se trata de eso, sino de esbozar un enunciado indicativo, seleccionando temáticas que en ningún caso pueden estar ausentes.

En el campo de las *categorías* es imprescindible buscar una forma comparada de referirnos a algunas de las que necesitamos para pensar lo económico o de utilizarlas de forma diferenciada en función de los propósitos; algunas son habituales, aunque al intentar avanzar comprobemos que están necesitadas de reformulación —sirvan de ejemplo las referidas a producción, consumo, producto social, bienestar—, otras, en cambio, como flujo metabólico o cuidados, al ser relativamente ajenas al cuerpo principal heredado, merecen ser precisadas para que los no habituados puedan incorporarlas a su acervo, sin que los que las manejan con soltura caigan en el error de considerar que son sobradamente conocidas y aceptadas. No lo son y deben serlo.

Producción. Dentro del ciclo de la actividad económica es un momento específico que se ocupa de suministrar bienes y servicios que a través de la circulación llegarán al destino en que serán consumidos, generando residuos a lo largo del proceso. Lo más procedente y preciso es hablar de producción conjunta, para que no quede duda de que los residuos no son un añadido casual sino una parte esencial de la actividad productiva. La diferenciación de este momento nos permite desvelar elementos y relaciones cruciales para entender la singularidad de la capacidad reproductiva de los sistemas económicos. Pero, además, aunque estemos en el terreno de la economía, no puede ignorarse que lo que delimitamos como producción es una transformación sometida a leyes físicas, que comporta extracción y destrucción de la naturaleza, teniendo limitaciones la pretensión de que su expresión monetaria sea capaz de captar la integridad de lo que comporta. Muy vinculada al ámbito de la producción se encuentra la noción de productividad, también necesitada de caracterización precisa que evite ambigüedades o interpretaciones excesivas o insuficientes.

Consumo. En términos genéricos es el momento del ciclo económico en el que los bienes y servicios producidos son utilizados para el propósito para el que fueron generados, que de forma inmediata o mediata es la satisfacción de las necesidades humanas. Ya en esa caracterización subyacen distintos tipos de consumo (final y productivo), pero, además, ese enunciado genérico se adapta mal a lo que es el consumo en el capitalismo, porque en el seno de éste lo único que cuenta es la capacidad de demanda monetaria, en cuya concreción las necesidades humanas son un substrato lejano que, en la práctica, no es determinante. En esta mutación, la demanda agregada y el patrón de consumo se vinculan, dado que la primera es resultado del segundo, pero a la vez se escinden, porque la adopción de un determinado patrón de consumo tiene su propia dinámica y condiciona la capacidad de satisfacer las necesidades que precisa la existencia social.

Producto social. Integra el flujo de bienes y servicios que proporciona la actividad económica en un período determinado, fruto de todos los campos y trabajos que intervienen en su consecución. Es obvio que ganamos en precisión si se consigue detraer los componentes que son pura extracción o destrucción y se incorporan la totalidad de los que han participado, evitando que existan contribuciones invisibles no computadas. Ahora bien, ese flujo puede intentar medirse en términos físicos o monetarios; la posibilidad de la medición no está exenta de dificultades y su funcionalidad dependerá del propósito (evaluar la contribución a la existencia social, entender e intervenir en el funcionamiento del sistema económico, construir un imaginario,...); todo ello plantea la virtualidad de dotarse de un cuadro significativo de indicadores, si lo que está bien definido debe aspirar a ser medible y a formar parte del imaginario colectivo.

Bienestar, calidad de vida y buena vida. En última instancia pueden considerarse el objetivo de la actividad económica, pero es algo en lo que entran componentes procedentes de otros ámbitos y puede suscitarse la duda de si le corresponde o no a la Economía delimitarlo, aunque no es razonable pensar que le sea indiferente y pueda ignorarlo; al igual que en el punto anterior se suscita el problema de consensuar un cuadro significativo de indicadores, que reflejen la situación y que midan la evolución, recabando la contribución que se requiera de otras ciencias.

Metabolismo físico de los procesos económicos. La actividad económica conlleva un trasiego de flujos físicos que no se recoge con precisión en el producto social, pero que no es razonable que sea ignorado. Ese concepto de flujo metabólico debe ser afinado y medido en los términos que le son propios, sin deformarlo a fuer de forzar su expresión monetaria; vinculados con él hay conceptos relacionados cuyo afinamiento e incorporación puede ser útil, como los de escala, capacidad de carga y huella ecológica.

Cuidados. Puede tomarse como el conjunto de tareas, trabajos y prestaciones que dirigidos a las personas les permite a éstas tener una vida más satisfactoria, rica y digna; así entendido, hay poca duda de que contribuye a la reproducción de la fuerza de trabajo y al mantenimiento de la población,

en especial, la dependiente, por lo que, aunque contenga otras dimensiones difíciles de reducir a lo económico, es altamente relevante para la Economía y no puede ser ignorado por ésta.

Para entender e intervenir con eficacia en la actividad económica existente, es importante sistematizar con criterio la *representación de los campos dentro del sistema* en cada momento dominante; actualmente, no lo es la economía genérica, ni una economía con mercado, ni siquiera una economía con capitalismo, sino el sistema económico capitalista⁶. Desde esta perspectiva, no es lo mismo elegir a capricho elementos del capitalismo que ser conscientes del papel que esos elementos desempeñan en la reproducción del sistema económico y de su relación con otros también decisivos para el buen funcionamiento del conjunto, que si se ocultan o relegan dificultan la comprensión. Por ello, postular la conveniencia de tener en cuenta los ecosistemas, las instituciones generales, el trabajo, la riqueza, el mercado, la urdimbre social, el excedente, la demanda, el sistema financiero y la articulación espacial no es elegir arbitrariamente esos campos sino reconocer que con ellos situamos los componentes esenciales que el capitalismo, como sistema económico, utiliza para funcionar y reproducirse⁷. Atenernos a este planteamiento nos puede ser útil en estos momentos pero puede serlo menos, o dejar de serlo, si el dominio del capitalismo se hace menor al adentrarse en transiciones hacia otras formas de funcionamiento, en las que los componentes, las interrelaciones y el entorno pueden modificarse. En suma, si es funcional tenerlo en cuenta en el inicio del proceso, no debe interpretarse que vaya a serlo de forma permanente. En cada momento habrá que saber identificar los factores entonces relevantes desde el punto de vista sistémico.

Clarificadas la categorías y establecido el campo de juego, el programa de investigación que se propone deberá elegir los *grandes bloques temáticos* en los que es prioritario concentrarse para construir la Economía que buscamos. Algunos de los temas que se seleccionan serían susceptibles de ser desarrollados por uno o varios de los enfoques inspiradores, mientras que para otros resulta imprescindible su integración. La demografía, la sostenibilidad medioambiental del modelo de producción y consumo, la visión integral del trabajo, el desarrollo de la capacidad redistributiva, todo lo relativo a dinero y sistema financiero, y, finalmente, la dimensión espacial nos proporcionan una cobertura significativa.

Demografía. Es crucial profundizar en las implicaciones de un mundo lleno (evaluación de la capacidad de carga), de la tendencia de la pirámide de edad (políticas de natalidad y de articulación de los tiempos en las distintas fases de la vida, envejecimiento y tratamiento de la población dependiente, situando la problemática de las pensiones sobre sus últimos fundamentos de solidaridad

⁶ Alvarez, S. y Martínez Glz-Tablas, A. (2013) representa un intento de diferenciación y, a la vez, de profundización en lo que tiene de específico el sistema económico capitalista.

⁷ Puede verse un primer esbozo de representación sistemática del campo de juego y sus planos básicos en Martínez Glz-Tablas, A. (2014)

intergeneracional) y de los flujos migratorios previsibles (en un mundo globalizado en el que los procesos se internalizan pero en el que en las sociedades constituidas no todo es posible y menos aún de forma inmediata). Y, más allá de lo estrictamente demográfico, se necesita una mejor comprensión de la distribución de la población en activa (empleada o en paro) y no activa (dependiente, ocupada en trabajos no computados u ociosa), así como aprender a combinar el derecho o deber de trabajar con las posibilidades de utilizar una renta básica, sin esconderse detrás de una pretendida imposibilidad o de su tratamiento como opciones excluyentes. También hay que enfrentarse con la diversidad de los actores económicos (personas, familias, grupos sociales, autónomos, empresas, transnacionales, operadores financieros, movimientos sociales, poderes públicos...), estudiando de la mano de la psicología social y cognitiva las pautas de comportamiento realmente existentes. Sin nunca relegar el estudio de las relaciones sociales (estructura social, género, necesidad de cohesión social, pero teniendo en cuenta el sentido de la acumulación de fuerzas disruptivas y la presencia de conflictos...).

Sostenibilidad medioambiental del modelo de producción y consumo. Un campo en el que anidan, desde perspectivas sincrónica y diacrónica, cuestiones de la entidad de la energía (implicaciones del fin de la era de los combustibles fósiles y virtualidad de estrategias anticipativas), el crecimiento (condición necesaria u opción inviable, dissociabilidad del físico y el económico, implicaciones de un estado estacionario para la capacidad de reproducción del capitalismo, para el emprendimiento y para la innovación), la estructura sectorial (evaluación de la sostenibilidad medioambiental de la situación de partida y costes y tiempo asociables a su transformación por su repercusión en el PIB, en el empleo, en el patrón de consumo, en la división internacional del trabajo) y la tecnología (abordando sin negación, ni mesianismo, los avances tecnológicos previsibles como consecuencia del desarrollo de la potencialidad que late en las tecnologías de la información y la comunicación, en la sociedad del conocimiento y en otras posibilidades embalsadas en el conocimiento en curso acumulado. En último término, se trata de analizar el papel de la dimensión ambiental en la salida de la crisis.

Visión integral del trabajo. En este campo, lo primero es aprender a reconocer, diferenciar y tratar de forma integrada los distintos tipos de trabajo existentes en la sociedad; en el ámbito mercantil con especial atención al asalariado, con sus distintas dimensiones de oferta, demanda, mercado y precio, regulación de su consumo productivo y empleo o paro como resultado, pero sin ignorar el autónomo; delimitación y análisis del doméstico y de cuidados, analizando sus términos y cuantía, con la dimensión de género y las relaciones patriarcales que lo atraviesan, con la problemática de su cómputo y de su tratamiento; el generado por las administraciones públicas, actualizando su funcionalidad y también sus términos, sin rehuir entrar en lo que hay que conservar, que modificar o que regenerar; finalmente, el social y solidario, con su cómputo, variantes y tratamiento, habida cuenta de su atipicidad y de las posibilidades que ofrece como campo de experimentación.

Desarrollo de la capacidad redistributiva. Las transformaciones previsibles a medio y largo plazo para hacer ambientalmente sostenible el modelo de producción y consumo, para afrontar una actividad económica sin crecimiento duradero y para asumir una visión integral del trabajo van a suponer contradicciones de tal calado que sólo las sociedades que tengan una sólida capacidad redistributiva podrán afrontarlas sin que los conflictos resulten incontrolables. Esa capacidad depende de tres factores. Primero, de la regulación pública, como instrumento para conseguir la necesaria equidad y el tratamiento de los bienes comunes, amortiguando las tensiones de legitimidad y compatibilidad con la democracia del espectro de decisiones que previsiblemente van a ser necesarias; algo que sólo será posible si se alcanza una alta funcionalidad de la administración pública (diseño, normativa, seguimiento, control y práctica buscando economía frente a ineficacia, ajuste y procedimientos frente a anquilosamiento y corporativismo, probidad frente a corrupción), una plena cobertura espacial en un contexto de mundialización y de formación de áreas y, finalmente, una intervención pública directa que depure sus limitaciones y desarrolle su virtualidad, asumiendo que la intervención pública es un instrumento susceptible de análisis, no un mantra.

Segundo, de la fortaleza de un sistema fiscal que sepa moverse en el entorno realmente existente, sin plegarse a un posibilismo estrecho ni en lo que hace al ingreso, ni al gasto público, aunque puedan existir restricciones exógenas en lo que concierne al déficit público; del lado del ingreso diseñando un sistema impositivo que por su estructura y por su aplicación efectiva (con tipos reales coherentes y mínimo fraude) sea comprendido y respaldado socialmente; del lado del gasto por unas prioridades acordes con las necesidades sociales y por la probidad de una administración que generen prestigio social

Tercero, de la capacidad de renovar el Estado del bienestar en una línea acorde con los tiempos, pero no sumisa a los dictados del discurso neoliberal, afrontando el desafío de ¿cómo conservar lo sustantivo que procede de un proceso histórico valioso, cambiando lo que ha quedado obsoleto de la versión que le dio origen?; una tarea que para evitar tirar al niño con el agua sucia puede requerir cambiar o afinar criterios, formas de provisión, instrumentos y actores, replanteando el sentido de lo público y abordando la problemática de servicios de suministro opcional por el espacio doméstico, por el mercado, por actores sin ánimo de lucro o por provisión pública directa.

Dinero y sistema financiero. La comprensión de su significado y de su función es condición para exigir que estén al servicio de la actividad económica, evitando que impongan la lógica de sus propios intereses; la financiarización y la globalización financiera tienen que ser entendidas en toda su complejidad y no pueden darse por supuestas porque ni su inevitabilidad, ni su funcionalidad son tales; hay que entrar en el detalle de productos, de prácticas y de actores, sin eludir lo que haya que prohibir, penalizar, regular o promocionar para bien de la economía y de la sociedad.

Dimensión espacial. El espacio es relevante y sus unidades territoriales (subestatales, estatales, paraestatales y supraestatales) se articulan por medio

de una pluralidad de vínculos, no sólo los tradicionales, que les hace insertarse de forma desigual y tener distintos márgenes de maniobra; la globalización y la proximidad comportan tanto ventajas como costes dependiendo de la naturaleza de los procesos, de su grado y de las circunstancias, de donde se deriva la utilidad de análisis que permitan tratamientos diferenciados; las relaciones internacionales están marcadas por hegemonía, complementariedades y conflictos detrás de los que puede latir el control de espacios que permitan el acceso a recursos, a suministro de alimentos o a sumideros de residuos; la formación de áreas, como pueden ser la UE y la eurozona, dan origen a realidades específicas con diseños institucionales, reglas de juego y políticas que pueden favorecer o limitar a sus miembros de forma dispar.

Si estos seis bloques temáticos captan buena parte de las grandes cuestiones que una Economía enfrentada con los problemas de su tiempo tiene que investigar, es obvio que no las agotan porque hay otras temáticas que, si queremos ser capaces de gestionar la complejidad que enfrentamos, necesitan ser entendidas y analizadas⁸. No tiene sentido hacer promesas vanas, pero si la investigación avanzara en esta dirección resultaría factible establecer los rasgos diferenciadores de una salida alternativa a la crisis no en términos de certezas, ni exenta de dificultades, pero sí de orientación, lejos de los caminos trillados y de las propuestas inanes o regresivas.

6. REFLEXIONES CONCLUSIVAS

La reflexión es muy sencilla: ocuparnos de lo que nos concierne, recuperar la función social de la Economía, resituar a los medios como medios y a los fines como fines, buscar la senda que nos permita sentirnos orgullosos de ser economistas. No falta tajo pero sobra inercia. Necesitamos honestidad intelectual y compromiso cívico para dejar de lado lo secundario, aunque venga premiado por reconocimiento y corona de laurel, para ocuparnos de lo principal. Ese es el reto a que se enfrenta la Economía del s.XXI.

Avanzar en esta dirección exige moverse en una triple dirección, en primer lugar, una profunda reorientación de los estudios de Economía, desde las bases que se sientan en bachillerato a la organización de los departamentos universitarios y los planes de estudio de las Facultades.

Requiere también que la orientación de las investigaciones y la evaluación de su impacto vengan marcadas por la relevancia de sus contenidos, en vez de

⁸ Entre ellas y a título indicativo estarían el poder, sus tipos, planos, puntos de radicación y relaciones con la hegemonía; la riqueza, el excedente y la tasa de ganancia, su apropiación, distribución primaria, usos, así como su compatibilidad con aspectos sociales; los órdenes sociales, modos de regulación y modelos de desarrollo que propone la teoría de la regulación; la evaluación de los invisibles provenientes del espacio doméstico y de la depredación endémica de la naturaleza y su importancia en la reproducción del capitalismo a lo largo de la historia; la necesidad de articular los análisis parciales y los sistémicos; la elaboración de indicadores de la actividad económica y del bienestar.

por su factura formal, de acuerdo con los criterios de un paradigma extenuado; nunca debe decaer la exigencia del verdadero rigor científico, pero debe centrarse en la comprensión y en el tratamiento de los problemas reales de la existencia social en el mundo en que vivimos y no en lo que solicita una comunidad científica ensimismada en su propio discurso.

En tercer lugar, la Economía que se postula tiene que articularse con el tejido social y productivo, interactuar con la práctica sociopolítica, abrirse a la experimentación, consciente de la incapacidad del discurso teórico y analítico para resolver por sí sólo los problemas y necesidades de un mundo en cambio global.

Sin olvidar que la historia nos enseña que, en los cambios de época, el pragmatismo utópico⁹ tiene más capacidad de aportar respuestas que el realismo estrecho. Jose Luis Sampedro lo suscribiría.

BIBLIOGRAFÍA

- Alvarez, S. y otros (2012): "Por una Economía Inclusiva. Hacia un paradigma sistémico", *Revista de Economía Crítica*, 14, 277-301.
- Alvarez, S. y Martínez Glz-Tablas, A. (2013): "Aportaciones para una representación compleja y abierta del sistema económico capitalista", *Revista de Economía Crítica*, 15, 128-149.
- Martínez Glz-Tablas, A. (2007): *Economía Política Mundial II. Pugna e incertidumbre en la economía mundial*, Ariel, Barcelona.
- Martínez Glz-Tablas, A. (2014): "Desde dónde, hacia dónde", *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global*, 126, 35-48.

⁹ Una mayor profundización en esta línea argumental en Martínez Glz-Tablas, A. (2007), cap. 4.

